

## EL COLISEO DE COMEDIAS DE ZARAGOZA EN LLAMAS: ÓLEO DE GOYA Y SIGNO DE SU TIEMPO

ERNESTO VIAMONTE LUCIENTES

*Resumen.* La tarde del 12 de noviembre de 1778 se produjo un pavoroso incendio en el Coliseo de Zaragoza que terminó ardiendo por completo. El cronista de la ciudad, Tomás Sebastián y Latre, nos ha dejado el testimonio más acabado del suceso, dándonos cuenta de la consternación que causó. Pero a la desgracia se acercaron también diversos creadores, poetas los más, junto a detractores de los espectáculos teatrales. Entre los primeros encontramos vates de cierto reconocimiento como el Padre Boggiero o el salmantino Iglesias de la Casa; entre los segundos, grandes predicadores del momento, como Fray Diego de Cádiz, el Padre Garcés y el Padre Bruno. Entre unos y otros nos dan un veraz panorama de cómo era la sociedad en la que se movió Francisco de Goya y Lucientes a quien, por cierto, se le atribuye una tabla al óleo sobre el motivo del incendio teatral.

*Palabras clave.* Literatura, teatro, Goya, oratoria sagrada, sociedad.

*Abstract.* On the afternoon of November 12, 1778 there was a terrible fire in Zaragoza's Coliseum that completely destroyed it. The chronicler of the city, Tomás Sebastián y Latre, has left us the testimony of the event, showing the shock it caused. But misfortune also found several artists, mostly poets, as well as the theater detractors. The former included great poets such as the Father Boggiero or Iglesias de la Casa, among the latter, great preachers of the time, such as Fray Diego de Cádiz, Father Garcés and Father Bruno. They all give us an accurate picture of how the society lived in the time of Francisco de Goya y Lucientes who, incidentally, is credited with an oil painting of the theatrical fire.

*Keywords.* Literature, theater, Goya, sacred oratory, society XVIII.

### EL INCENDIO DEL COLISEO ZARAGOZANO

La tarde del 12 de noviembre de 1778 ardió totalmente el Coliseo de Zaragoza. Se representaba *La real jura de Artajerjes*, con libreto de Metastasio, por parte de una compañía de ópera italiana. Contamos con un testimonio magnífico del suceso a cargo del que entonces era Cronista de la ciudad, Tomás

Sebastián y Latre<sup>1</sup>, quien nos relata que, concluido el segundo acto, hacia las seis y cuarto, cuando se preparaba un decorado de un jardín para un baile, parece ser que por un descuido de uno de los mozos que manejaban los bastidores, se inclinó una vela que prendió fuego a todo el material que allí estaba. Todos los presentes cercanos acudieron a intentar calmar las llamas, pero los espectadores, al estar echado el telón, no tuvieron una inmediata noticia del hecho. Fue al extenderse el fuego, ya demasiado tarde, cuando todo el público fue consciente de la magnitud del incendio. Se sucedieron las lógicas escenas de confusión, a la par que crecía el fuego y aparecían las primeras víctimas. El suceso se comunicó al exterior y toda la ciudad se puso en marcha: campanas, autoridades, aguadores... Se produjeron actos heroicos. Mientras tanto, las llamas se distinguían a más de cuatro leguas de distancia. El número de víctimas crecía alarmantemente. El fuego amenazaba, además, con extenderse al inmueble vecino, el Hospital, cosa que afortunadamente no acaeció. Se produjo un total caos ciudadano al que las autoridades procuraron poner orden mediante diversas disposiciones. La aparición de los cadáveres consternaba a la ciudad. Hasta entrada la noche el incendio no estuvo controlado. El entierro de los fallecidos se hizo durante todo el día siguiente y aun por la noche. El número de los muertos fue aumentando en los días venideros, a resultas de las heridas y otros percances habidos durante la quema. El mismo día murieron 60 personas; 17 más lo hicieron en días posteriores; otros 52 individuos se contaron entre los heridos. Dificilmente podía encontrarse en la ciudad de Zaragoza persona que no tuviese algún afectado por el suceso, bien cercano, bien conocido.

El Coliseo abatido había sido inaugurado en 1771. Era un teatro de nueva planta acorde con los tiempos y se tenía como uno de los más elegantes y amplios de España. Tenía dos entradas y su capacidad era de unas 1.300 personas, distribuidas en cuatro pisos, en gradas y palcos, y con la clásica cazuela para las mujeres<sup>2</sup>. El Coliseo zaragozano estaba situado en el solar que hoy en

---

<sup>1</sup> SEBASTIÁN Y LATRE, T., *Relación histórica de los sucesos ocurridos en Zaragoza con motivo del incendio de su Coliseo...*, Zaragoza, Francisco Moreno, 1779. Hay que decir que el Cronista se hallaba presente en el teatro y que salvó la vida milagrosamente.

<sup>2</sup> EGIDO, E., *Bosquejo para una historia del teatro en Aragón hacia finales del siglo XVIII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1987 y AZAGRA MURILLO, V., «Un incendio destruyó el Coliseo de Comedias de Zaragoza el día 12 de noviembre de 1778», *Heraldo de Aragón*, 29.XI.1981.

Las informaciones más pormenorizadas sobre la construcción del teatro ahora incendiado y sus características las tenemos en MARTÍNEZ HERRANZ, A., «La casa de far-sas del Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza (1580-1778). De corral de

día ocupa el Banco de España, en la plaza que lleva ese nombre y que cuando el incendio se conocía como de San Francisco. Estaba pegado al edificio del Hospital y llegaba hasta la que no hace mucho se denominaba como calle de los Sitios.

La gran impresión que causó el incendio del Coliseo zaragozano fue inmensa en la ciudad, pero también fuera de ella, como lo atestigua la notable cantidad de artistas que al motivo se acercaron. Al parecer, tal fue el caso de Francisco de Goya y Lucientes a quien se le atribuye un óleo titulado *El Coliseo de Comedias de Zaragoza en llamas*. Pero el suceso también dio pábulo a la animadversión hacia los espectáculos teatrales, «sobre los que a lo largo de todo el siglo se había cernido la sombra de la inmoralidad unida, ahora, a la desgracia y a la muerte»<sup>3</sup>. Evidentemente, tan magna tragedia no iba a ser desaprovechada por los detractores del teatro, que eran numerosos y que llevaban a cabo un ataque sostenido y sin tregua sobre el que ellos sentían como uno de los mayores peligros de la época. Hay que tener en cuenta que por aquel entonces tanto ilustrados como reaccionarios partían de una misma realidad: la degeneración del teatro español. Pero la respuesta al respecto era absolutamente opuesta: reforma frente a aniquilación<sup>4</sup>.

El acercamiento a quienes se ocuparon, de una u otra manera, del suceso del incendio del Coliseo zaragozano nos ayudará a situar la obra de Goya en el contexto de su tiempo. Un contexto pleno de enfrentamientos, fuerzas antagónicas, intentos de cambios, resistencias y pervivencias, y aun contradicciones, en el que los espectáculos teatrales sirvieron de arma entre quienes se decantaban por una política reformista, encabezada por Carlos III, Campomanes y el Conde de Aranda, y el poder de la Iglesia, empeñado en mantener sus privilegios y, en especial, en seguir ostentando el control ideológico de la sociedad española<sup>5</sup>. Ambos, reformadores y eclesiásticos, compartían la idea de que

---

comedias a teatro a la italiana», *Artígrama*, n.º 12, Zaragoza, Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, 1996-1997, pp. 193-215. También interesa el trabajo de MATEOS ROYO, J.A., «Control público y espectáculo teatral: el Coliseo de Comedias de Zaragoza», *Archivo de Filología Aragonesa*, LXI-LXII, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2005-2006, pp. 121-138.

<sup>3</sup> MARTÍNEZ HERRANZ, A., *Teatro Principal*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1999, p. 13.

<sup>4</sup> La bibliografía al respecto es, afortunadamente, cada vez más numerosa. No es este el lugar de hacer un catálogo al respecto, sin embargo sigue siendo insoslayable la consulta del clásico de nuestro sabio homenajeado, ANDIOC, R., *Teatro y sociedad en el Madrid del siglo XVIII*, Madrid, Castalia, 1976.

<sup>5</sup> Sigue siendo fuente primordial sobre el conflicto, COTARELO Y MORI, E., *Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España*, Madrid, Tipografía de la Revista de

el teatro debía redundar en el cultivo de las «buenas costumbres». El problema radicaba en lo que cada sector entendía por dicho marbete. Los primeros pretendían su utilidad social como vehículo educador; los segundos se decidían por su desaparición. Así, mientras Campomanes favorecía la reapertura de teatros, las autoridades eclesiásticas intentaban impedirlo. En fin, un signo más del tiempo en que a Goya le tocó vivir: la sólita pugna de una nación sumamente sacralizada que frena toda posible evolución secularizadora. El incendio del Coliseo de Zaragoza era, por lo tanto, una buena excusa para que dicha pugna se recrudeciera<sup>6</sup>.

## LA ATRACCIÓN POR EL SUCESO

### Francisco de Goya y Lucientes

Dicho queda que Goya, al parecer, se sintió atraído por la desgracia acaecida en su tierra dedicándole un óleo. El aragonés, cuando sucede la quema, ya se había establecido en Madrid hacía tiempo. La repercusión del suceso traspasó las fronteras aragonesas. Y así se le atribuye al de Fuendetodos la creación de un óleo sobre tabla que tiene unas dimensiones de 19 x 28 cm. Se especula que fue realizado en el mismo año del incendio, esto es, en 1778. Rita de Angelis nos informa de que «la noticia de que Goya pintara un tema semejante fue proporcionada por el padre López (en Viñaza), y la acogieron varios biógrafos del maestro, concretando que, en el supuesto de una visita a Zaragoza en 1778, la obra pudo haber sido realizada del natural»<sup>7</sup>. [...] La tablita, publicada como autógrafa por Gudiol (intacta según el estudioso), ostenta en su lado inferior los restos de una inscripción que puede interpretarse: «Yncendio del Teatro de Zaragoza»<sup>8</sup>. La obra perteneció al zaragozano Gregorio Alvira<sup>9</sup>. Se fija en la fachada principal, la

---

Archivos, Bibliotecas y Museos, 1904. Hay edición moderna a cargo de la Universidad de Granada en 1997.

<sup>6</sup> Interesa al respecto, RUBIO JIMÉNEZ J., *El Conde de Aranda y el teatro, Zaragoza, Ibercaja*, 1998.

<sup>7</sup> Pese a la afirmación anterior, lo más probable es que Goya no presenciase ni la tragedia ni sus resultados.

<sup>8</sup> Del estudio de ANGELIS, R. DE, en Francisco de Goya, *La obra pictórica completa de Goya*, Barcelona, Noguer, 1975, p. 137. Y recuerda también cómo Gudiol observó que en la tabla, a la izquierda, aparecía un grupo de dos hombres transportando a un tercero idéntico al representado en el tapiz titulado *El albañil herido*.

<sup>9</sup> PACAREO, O., *Goya y el teatro de Zaragoza en su tiempo*, Zaragoza, Tipografía del Hospicio, 1928, p. 30 y sig. Allí se nos cuenta, bien peregrinamente, que estamos ante una tabla de «unos cinco palmos sobre siete de alto y tiene muchísimas figuras».

que daba al Coso, apareciendo el Coliseo en pleno incendio y delante de él un sinnúmero de figuras damnificadas y otras que ayudan a la extinción.

Pero además de Francisco de Goya, fueron otros muchos los creadores que se acercaron al luctuoso incendio. Sin ánimo de exhaustividad, nos fijaremos en unos cuantos.

## LOS CREADORES

### José Antonio Anzano

Anzano (?-1784) fue franciscano oscense, predicador de cierta fama. Escribió poesía y oratoria sagrada. Sus obras más señaladas fueron una *Carta del Parnaso...* (1769), que es un poema heroico a la llegada del Conde de Aranda a Aragón, y la que aquí nos interesa, pero que no se ha podido localizar: *Poema del incendio acaecido en el Coliseo y Teatro de Comedias de la Ciudad de Zaragoza en el noviembre de 1778*<sup>10</sup>.

### Jacobo Soriano y Jiménez

Soriano y Jiménez (1749-después de 1797) era natural de Orihuela (Teruel) y pertenecía a una de las principales familias del partido de Albarracín, donde se formó, además de en Valencia. Autor de obra variadísima y amplísima, en especial sobre temas religiosos, militares y de creación, fundamentalmente poesía y teatro. Por citar algo que en este trabajo importa, escribió unas *Décimas en elogio del misionero apostólico capuchino Fray Diego Josef de Cádiz* publicadas en Valencia en 1787. Entre su producción abundan las composiciones de circunstancias, como una dedicada al incendio del Coliseo zaragozano, según nos informa Félix de Latassa<sup>11</sup>.

### Valero Gualberto del Plano y Jiménez

Plano y Jiménez (principios del XVIII-1787) era zaragozano que estudió Filosofía y Jurisprudencia en su ciudad. Fue lírico de múltiples tonos y recursos y miembro de familia de poetas, que trabajó en el Archivo de la ciudad.

<sup>10</sup> LATASSA Y ORTÍN, F. DE, *Biblioteca Nueva*, Pamplona, 1801, t. V, pp. 383-384. La pieza no se publicó.

El teatro en Zaragoza siempre dio lugar a composiciones poéticas de todo tipo. Así sabemos de unas *Décimas joco-serias*, publicadas en Zaragoza en 1756 con motivo de haberse pintado su antigua fachada; o de dos sonetos publicados en el *Diario de Zaragoza*, los días 25 y 26 de agosto de 1799, «Con motivo de ser hoy la primera representación en el nuevo Coliseo».

<sup>11</sup> LATASSA Y ORTÍN, F. DE, *Biblioteca Nueva*, *op. cit.*, t. VI, pp. 189-190.

Tiene composiciones de tema religioso y muchas de circunstancias, entre ellas dos en endecasílabos titulados *El Jeremías español, a la Imperial ciudad de Zaragoza, con motivo del incendio de la Casa de Comedia, y Zaragoza festiva y su llanto minorado a vistas de la heroica piedad con que su amante Monarca, el Señor Don Carlos III, ha reparado las deplorables ruinas que padeció el Santo Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, y ocasionó el incendio de su Coliseo cómico en la noche del 12 de noviembre del año pasado de 1778*, publicadas en Zaragoza, por Luis de Cueto en 1779<sup>12</sup>.

### El padre Basilio Boggiero

Basilio Boggiero de Santiago (1752-1809) nació en Celle, Italia, pero fue naturalizado español. Es uno de los poetas aragoneses del XVIII más interesantes. Escolapio, fue profesor de Retórica, Filosofía y Teología. Y también fue predicador, incluso del Rey. Como poeta tiene una relativamente copiosa obra entre la que destacan dos églogas —el tipo de composiciones más logradas por Boggiero— con el título *El Tyrsis* (1780), además de *Los triunfos de la honestidad. Cantares anacreónticos* (1788) o *Poesías varias castellanas* (1790). Tuvo una importante participación en los Sitios de Zaragoza<sup>13</sup>.

Además, fue Boggiero uno de los creadores que se dejaron seducir por el incendio del teatro zaragozano, magnífico ejemplo para nuestro propósito ya que nos sirve en su doble calidad de poeta y en la de miembro de una orden religiosa. El zaragozano de adopción escribió una composición poética «Al incendio del Coliseo de Zaragoza»<sup>14</sup>, que comienza así:

Canto las llamas y el estrago canto  
del César-Augustano Coliseo...

Como no podía esperarse menos, Dios aparece presentado como causa de todas las cosas, incluida la de la catástrofe:

Sin precedente aviso  
(así Dios Justiciero, así lo quiso)  
cayó sobre nosotros de repente  
el golpe de la mano omnipotente.

<sup>12</sup> LATASSA Y ORTÍN, F. DE, *Biblioteca Nueva, op. cit.*, Pamplona, 1801, t. V, pp. 445-447.

<sup>13</sup> LATASSA Y ORTÍN, F. DE, *Biblioteca Nueva, op. cit.*, Pamplona, 1801, t. VI, pp. 261-263.

<sup>14</sup> La canción apareció publicada en *Poesías del Padre Boggiero de Santiago*, Madrid, Imprenta de M. de Burgos, 1817, pp. 73-78.

Tras diversos tópicos del tipo señales prodigiosas que anuncian la desgracia, comienza con la crítica a las costumbres de la época y, más concretamente, de los espectáculos:

Estaba en el soberbio Coliseo  
la gente congregada,  
—¡oh tiempos!, ¡oh costumbres!—, y entregada  
a aquellas deleznales diversiones  
do se dan de pecar dulces lecciones.

Y, naturalmente, toda entendida transgresión ha de tener su castigo:

Perdía Zaragoza su inocencia,  
el alma y los sentidos;  
los gustos prohibidos  
y el néctar que las almas envenenan  
bebía a boca llena.  
Volaba en el teatro el regocijo,  
deseos criminales  
ardían en los pechos virginales,  
cuando el decreto fijo  
y el plazo señalado  
habiendo ya llegado,  
la mano de la eterna Providencia  
a las voraces llamas dio licencia.

Vemos por lo tanto, como cabría esperar de, al fin y al cabo, un sacerdote, que hay una crítica explícita de los espectáculos, pero ni está cargada de virulencia, ni es parte central en la intención de Boggiero.

### José Iglesias de la Casa

La conmoción por el incendio del teatro de Zaragoza traspasó los límites locales. Una muestra la tenemos en la composición que le dedica el salmantino José Iglesias de la Casa (1748-1791). Poeta que estudió en su ciudad natal Teología y Humanidades. Además de sentirse atraído por la lírica, Iglesias también cultivó la música, el dibujo y la escultura. Hombre, por lo tanto, ingenioso e instruido, con dominio de la lengua castellana y facilidad para versificar. En 1783 se ordenó presbítero en Madrid. Su temprana muerte nos privó, a buen seguro, de una mayor altura en sus creaciones. Éstas trataron tanto temas religiosos como profanos, incluso algunas de ellas, tenidas hoy como notables, son de motivos jocosos. Destacó en los epigramas. Iglesias de la Casa es *Arcadio*, para sus compañeros de la «Escuela Poética de Salamanca», grupo inspirado por Cadalso y Jovellanos y al que pertenecieron Meléndez Valdés, Fray Diego Tadeo González o José Somoza, entre otros.

Pues bien, como se ha apuntado, Iglesias de la Casa tiene una extensa composición titulada: *El llanto de Zaragoza*<sup>15</sup>. La pieza consta de cuatro elegías de alrededor de 200 versos cada una. El trabajo se imprimió en Salamanca en 1779, en la oficina de Santa Cruz de Domingo Casero. Fecha que nos habla bien a las claras de la conmoción y repercusión que el suceso tuvo lejos de Aragón. La elegía comienza así:

¡Qué triste y angustiada  
la ciudad Imperial de Zaragoza...

Y apunta:

¿De qué pantera hinchada  
o sierpe habrá nacido  
quien no sienta su pecho enternecido  
habiendo tan gran lástima escuchado?

Algo que nos da una pista del juicio de Iglesias de la Casa, ya que cuando describe el teatro lo hace así:

Estábase alegrando  
el pueblo en el profano Coliseo,  
la música escuchando  
del ciego Amor, del fabuloso Orfeo...

Pero no pasa del uso de tópicos del tipo menosprecio de riquezas frente a la alabanza de la pobreza, o de la futilidad de todo bien terreno. La parte final de la elegía primera y toda la segunda la dedica a describir el incendio y todo tipo de desgracias con los tintes más descarnados. Y cierra la segunda:

El Señor, reducido  
a hundir aquel lugar enteramente  
con el lazo de muerte que ha tendido  
a quien quizás a su voz fue inobediente,  
retirar su alma diestra no ha querido  
y mitigar aquella voraz lumbre  
hasta que para nuevo desconsuelo  
la soberbia techumbre,  
forzada de su peso, vino al suelo.

---

<sup>15</sup> Cito por la excepcional antología de AUGUSTO DE CUETO, L., *Poetas líricos del Siglo XVIII*, concretamente por la publicación que Ediciones Átlas hizo en Madrid, en 1952, de la *Biblioteca de Autores Españoles*, t. LXI, pp. 480-485. Véanse las pp. 407-416 para saber noticias de la vida y la obra de Iglesias de la Casa.



Porque en todo momento se plantea el incendio como un acto justiciero del Señor, un castigo a los excesos cometidos. En la elegía tercera tenemos el panorama después de la tragedia. Y en la última focaliza la atención sobre el teatro en ruinas, para verlo como causante del dolor que la ciudad vive, hasta exclamar en versos de este jaez:

¿Y querrás por ventura,  
oh juventud hispana,  
la carrera seguir de la liviana  
gente que en pos del vicio se apresura?

Y va concluyendo:

Vosotros, cualesquiera a quienes tiene  
de esas sagas la voz embelesados,  
huid de sus pestíferos tablados,  
hurtaos el mal que en ellas sobreviene.

Podríamos decir que, por comparación con Boggiero, la crítica de Iglesias de la Casa hacia los teatros sube un peldaño. La hay, aunque nuevamente no sea motivo central. Lo que importa es la pintura del dolor ciudadano y la descripción pormenorizada de la tragedia. Pero en todo caso, queda patente la abominación de los espectáculos teatrales. Y esto, recordemos, sale de la pluma de un miembro de la «Escuela de Salamanca», cultivado y admirador de Cadalso y Jovellanos.

## LOS DETRACTORES

Naturalmente, el incendio del Coliseo no lo podían dejar de pasar por alto todos aquellos que reprobaban cualquier tipo de espectáculo. El suceso era ocasión pintiparada para propagar la idea de que la catástrofe era un castigo divino ante el relajo de las costumbres de la época. Todo ello dio lugar a un encono de la polémica, con los favorables al ocaso de las representaciones ganando posiciones. En tal enfrentamiento, hubo un vehículo clave: el púlpito. Mediante él, las ideas más reaccionarias llegaban a un número ingente del pueblo, con lo que su influencia fue enorme a la hora de conformar lo que se conoce como «mentalidad popular». Téngase en cuenta que la predicación se entiende como la dispensación legítima de la palabra de Dios. En ella el componente religioso es determinante pero, además, la Iglesia juega con ventaja: el miedo reverencial a lo sagrado, en un tiempo, hay que tenerlo presente, en el que, como escribió Sarrailh, «la masa de la nación sigue confiada en sus sacerdotes y en sus

frailes»<sup>16</sup>. Con lo que tenemos al púlpito convertido en la cátedra más universal e influyente a lo largo de nuestra historia, máxime teniendo en cuenta que la letra escrita era solo privilegio de unos pocos<sup>17</sup>.

Entre los grandes combatientes de los espectáculos estaban verdaderos maestros de la oratoria sagrada como los famosísimos predicadores Padre Antonio Garcés, Fray Diego José de Cádiz o el Padre Bruno de Zaragoza<sup>18</sup>. Si entre los creadores arriba estudiados se ha visto una censura no disimulada hacia el teatro, ésta no pasa, permítase la expresión, de una nota a pie de página al lado de lo que llevan a cabo los oradores religiosos.

### Padre Antonio Garcés

Antonio Garcés nació en Alagón en 1701. Dominicano, excelente y precoz predicador, aun antes de tomar el hábito. Recorrió parte de las dos Castillas y Aragón. Carlos III lo nombró Predicador de Número, por lo que residió en Madrid entre el 1760 y el 1765. Fue entonces nombrado por su orden, Provincial en Aragón. En Zaragoza tuvo una destacada labor en el conocido como «Motín de los broqueleros», cuando se interpuso ante los amotinados logrando que cesaran en sus incendios y saqueos. Su muerte causó sensación entre el vulgo, y se cuenta que las gentes se desbordaron para hacerse con un trozo de sus vestiduras. Sus publicaciones fueron muchas y variadas sobre Teología, Derecho Canónico, Moral y Oratoria Sagrada, entre otras.

Sobre su vida se cuentan las más curiosas anécdotas, desde el momento en que se dio a conocer: como cuando tuvo que sustituir a un huido predicador e improvisó brillantemente o cuando en Burgos logró, con sus prédicas, que los regidores municipales derruyesen de inmediato el teatro de la ciudad. Lo que nadie le niega eran sus impresionantes cualidades: memoria, uso de un

<sup>16</sup> SARRAILH, J., *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, pp. 612-613.

<sup>17</sup> AGUILAR PIÑAL, F., «Aragón en el siglo XVIII: predicación y mentalidad popular», *Actas del primer seminario de la Ilustración aragonesa*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1985, p. 39 y sig. y CARO BAROJA, J., *Las formas complejas de la vida religiosa*, Madrid, Sarpe, 1985. Y también el prólogo que OLMEDO, F. G., pone al tratado sobre oratoria sagrada de Francisco Terrones del Caño, *Instrucción de Predicadores*, Madrid, Espasa-Calpe, 1960.

<sup>18</sup> VIAMONTE LUCIENTES, E., «Un ejemplo de oratoria antiilustrada: el sermón del Padre Bruno al incendio del Coliseo de Zaragoza», en *Iglesia y religiosidad en España. Historia y archivos. Actas de las V Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en Archivos*, Guadalajara, ANABAD, Asociación de Amigos del Archivo Histórico Provincial de Guadalajara y Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2002, pp. 1535-1550.

lenguaje castizo y sobrio, al servicio de una oratoria llena de imágenes, además de una dicción y torrente vocal espléndidos.

El Padre Garcés tuvo en el teatro uno de sus recurrentes motivos de predicación. Sermoneo repetidamente cuando en Zaragoza se derribó el Corral de Comedias quedando sin espacios específicos para las representaciones, a fin de que se frenase la construcción, primero, y la inauguración, después, del nuevo Coliseo. Una vez levantado, no cesó de dirigir sus prédicas vehementemente en contra de los teatros, antes de que sucediera la tragedia. Incluso llegó a dedicarle el más terrible de los pronósticos, en especial sabiendo lo que sucedió: «¡Esa casa se hará cenizas en un día de mayor concurso!». Garcés no vio cumplido su aviso, porque murió en 1773, pero su campaña contribuyó al empeoramiento de los fondos teatrales ya que logró que muchas gentes se abstuviesen de acudir al coliseo»<sup>19</sup>.

### Fray Diego José de Cádiz

Fray Diego fue capuchino nacido en Cádiz en 1743 y muerto en 1801. Estamos, a buen seguro, ante el más popular de los oradores sagrados del momento, atrayendo tras de sí pueblos enteros y haciendo numerosas conversiones. Fue beatificado por León XIII en 1894. Publicó buen número de obras, figurando entre lo más destacado de su producción seis tomos, inéditos a su muerte, que contenían 800 sermones, varias novenas y otros muchos opúsculos. Menéndez y Pelayo nos lo describe: «Su frase culta era brillante y ardiente de un fuego interior. Todo predicaba en él, su voz tonante, el esplendor extraordinario de sus grandes ojos, normalmente muy dulces, su barba blanca como la nieve, su hábito austero, su cuerpo descarnado. Se le atribuía hasta el don de lenguas»<sup>20</sup>. En Granada, donde «La Caramba» estuvo llenando durante cuatro años seguidos, logró cerrar sus puertas a todo espectáculo. Y se dice que otro tanto hizo en numerosas ciudades: Sevilla, Córdoba, Jerez, Úbeda... Cuentan quienes lo presenciaron, que la fuerza de su verbo era tal, que se dice que con ella convirtió a una de las cómicas más célebres del momento, la citada María Antonia Vallejo Fernández, más conocida como «La Caramba», quien vivió los últimos años de vida en penitencia y mortificación a causa de su arrepentimiento tras haber oído predicar al fraile capuchino. De

<sup>19</sup> LATASSA Y ORTÍN, F. DE, *Biblioteca Nueva, op. cit.*, t. V, art. 153, p. 201, dice, concretamente, que Garcés escribió sobre «Teología, Rezo, Mística, Pastorales, Derecho Canónico, Disciplina Eclesiástica, Moral, Oratoria Sagrada».

<sup>20</sup> ALFARO, E., *El teatro en Zaragoza durante el siglo XVIII*, Zaragoza, La Cadiera, 1951, p. 10.

su fuerza nos informa el poco sospechoso de afinidad José Joaquín de Mora, mediante los siguientes versos:

Yo vi a aquel fervoroso capuchino,  
al blasfemo, al ladrón, al asesino  
fulminaba sentencia aterradora.  
Vi en su mirada resplandor divino,  
con que angustiaba el alma pecadora.  
Y diez mil compungidos penitentes  
estallaban en lágrimas ardientes.

En Zaragoza su intervención más destacada la realizó en el conocido «Caso Normante»<sup>21</sup>. A la capital aragonesa llegó tras el incendio del Coliseo y en cuanto tuvo ocasión de subir al púlpito no dejó pasar la ocasión para dirigir sus diatribas en contra del teatro, recordando la profecía del Padre Garcés.

### Padre Bruno de Zaragoza

El Padre Bruno de Zaragoza era hombre de linaje infanzón. Su nombre: Pedro Pablo de Arcas Ximénez. Ocupó en su congregación capuchina relevantes cargos, por ejemplo, Comisario General de las misiones de Cumaná o Calificador del Santo Tribunal de la Inquisición. Pero en la labor en la que destacó fue en la oratoria sagrada. Latassa consigna un total de trece obras debidas a su pluma, fundamentalmente de carácter religioso<sup>22</sup>. Llegó a dedicar al incendio que nos ocupa una pieza titulada *Representación del Juicio a ocasión de haberse incendiado el Teatro de las Comedias en la ciudad de Zaragoza*. Resulta interesante acercarse a ella para concretar lo hasta ahora dicho sobre los enemigos de los escenarios.

La prédica tuvo lugar el primer lunes de Cuaresma tras el suceso. Homilía que es un acabado ejemplo del tipo de oratoria sagrada de la época, cargada de resabios barrocos, e ilustración de las ideas más reaccionarias del momento. La obra conoció la imprenta, lo que no parece un dato baladí, en Zaragoza, en la oficina de la viuda de Francisco Moreno, en 1780, es decir, dos años después

<sup>21</sup> LOPEZ, F., «Un sociodrama bajo el Antiguo Régimen. Nuevo enfoque de un suceso zaragozano. El Caso Normante», *Actas del I Symposium del Seminario de Ilustración Aragonesa*, Ed. María-Dolores Albiac, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1987, pp. 103-115.

María Antonia Vallejo Fernández, «La Caramba», tiene una biografía tan apasionante como poco contrastada. En todo caso fue tonadillera de éxito, una de las cómicas de su tiempo más aplaudida y seguida por el público.

<sup>22</sup> LATASSA Y ORTÍN, F. DE, *Biblioteca Nueva*, op. cit., t. VI, art. 133, pp. 243-245.

del incendio. Dice mucho de la catadura de la prédica la descripción de la impresión que hace Jiménez Catalán: «Diatriba contra las comedias y su oposición a la idea de reconstruir el teatro incendiado que atribuye a justo castigo de Dios. La virulencia del lenguaje del Padre Bruno al juzgar una catástrofe que sembró el luto y la desolación en Zaragoza, había de causar, seguramente, muy mal efecto en la heroica ciudad»<sup>23</sup>. Palabras ajustadas al espíritu de la pieza, pero con las que cabe disentir en su parte final: el hecho de que el sermón se imprimiera hace pensar en una reacción del pueblo no tan refractaria a las palabras del capuchino como Jiménez Catalán parece intuir.

Sin detenernos en estudiar con detalle la pieza de oratoria sagrada, sí que parece oportuno citar algunas de sus palabras, única forma de hacernos una cabal idea de la saña y ausencia de caridad con la que se usaba la lamentable quema del Coliseo *pro domo sua*. Así, en la dedicatoria a la Virgen del Pilar, dice que él solo pretende ir «cooperando como puede [...] al mismo designio que vuestro dulce amor tiene suficientemente significado con haber permitido la desolación del Coliseo, escollo infausto de las almas, del cual queréis preservar con particular providencia a esta ciudad de Zaragoza»<sup>24</sup>. Y pide a la Madre de Cristo que estampe «en la memoria de vuestros hijos los zaragozanos la representación de aquel tremendo teatro, con que borrada la especie que aviva en el afecto de algunos el Demonio, nuestro implacable enemigo, sugiriendo la reedificación del Coliseo, quede extinguida tan peligrosa chispa, capaz de encender nuevamente aquella hoguera concupiscente de las almas...». Y advierte, «no escuchéis, os suplico por vuestro bien, no escuchéis esas voces de sirenas engañosas... [...] ¿Y qué es ese rumor esparcido por la ciudad, que va creciendo a ruidosa declamación, para la reedificación de Coliseo, Teatro o Casa de Comedias, cuando todavía no ha pausado la palpitación de los corazones que ocasionó el terror de una tragedia...». Y desde luego, a la hora de causar sensación, no se ahorra ningún detalle: «Vierais transformada la fineza de sus cuerpos y rostros ahumados, tristes, negros espectáculos; cual con el rostro deformemente inflamado y entumecidos los ojos; cual arrojando por las narices y boca fétida porción de sangre y flemas que espantosamente la deformaba; cual, borrada su hermosura de oscuras sanguinolentas manchas, representaba otra naturaleza; y todas tan desfiguradas y con un hedor incomparable, que

---

<sup>23</sup> JIMÉNEZ CATALÁN, M., *Ensayo de una tipografía zaragozana del siglo XVIII*, Zaragoza, La Académica, 1929, entrada 1205.

<sup>24</sup> En las citas del sermón del Padre Bruno modernizo la vacilante ortografía dieciochesca así como la puntuación.

fueron desconocidas de sus familiares y parientes de manera que solo pudieron distinguir por su aderezo y trajes». Y ataca directamente al teatro: «cuando en el Bautismo renunciamos a Satanás y sus pompas, principalmente renunciamos a los teatros, que son los templos donde se consagra las pompas el Demonio». O, «...del teatro nació la destrucción de muchas casas, la corrupción de las costumbres, la extinción de todas las virtudes y la frustración de los auxilios e inspiraciones divinas, la perdición de los jóvenes, la inmundia distracción de los ancianos y un incendio inextinguible de lujuria». Cualquier comentario que pueda hacerse queda disminuido ante tamañas palabras.

### CONCLUYENDO

Tras acercarnos a estos tres predicadores no me resisto a citar unas palabras de Aguilar Piñal: «El púlpito es, pues, la más extendida y la más apreciada, la única escuela de formación de adultos de España. [...] Esta constante actividad oratoria es la que va forjando la mentalidad popular, en temas morales y doctrinales, pero también en todas las facetas de la vida civil y profana, cuyo enfoque intolerante con las novedades y adulador del poderoso, impide el progreso filosófico, científico y social»<sup>25</sup>. Resultado en el caso que nos ocupa: que la virulencia de los enemigos de las representaciones fue tanta y tan acerbo el uso que del incendio hicieron, junto al dolor local por la tragedia, que, como no podía ser de otra manera, hubo consecuencias.

La primera, que el 8 de diciembre —menos de un mes tras la quema— llegó a Zaragoza una Real Orden en la que se disponía «que no se permita a esa Sitiada, ni aun que se detenga en su imaginación el pensamiento de reedificar el Teatro de Comedias», ya que «Su Majestad no quiere ni permite se reedifique el Teatro de Comedias, sino que se aplique a otro destino útil y conveniente al Hospital, a cuyo fin se deben dirigir las obras que se hicieren», porque un «Teatro señalado por tantas muertes y desgracias no puede tener en manera alguna jamás semejante uso, y que excusen solicitar semejantes diversiones teatrales para perpetua memoria de aquella desgracia»<sup>26</sup>. Semejante decisión real, lógicamente, fue celebrada por los detractores con gran alborozo: se

<sup>25</sup> AGUILAR PIÑAL, F., «Aragón en el siglo XVIII: predicación y mentalidad popular», en *Actas del primer seminario de la Ilustración aragonesa*, op. cit., p. 35.

<sup>26</sup> PACAREO, O., *Goya y el teatro de Zaragoza en su tiempo*, op. cit., pp. 34-35 y SEBASTIÁN Y LATRE, T., *Relación histórica de los sucesos ocurridos en Zaragoza con motivo del incendio de su Coliseo...*, op. cit., p. 68 y sig.

llevaron a cabo infinidad de festividades religiosas, iluminaciones y colgaduras, se oró por la salud del Monarca, etc.

La segunda, que ante la cantidad de patrañas vertidas sobre el final de la Casa de Comedias el propio consistorio zaragozano decidió dar cuenta exacta de lo sucedido. Es así como nació la empresa arriba citada de Tomás Sebastián y Latre titulada *Relación histórica de los sucesos ocurridos en Zaragoza con motivo del incendio de su Coliseo*. Su fin estaba muy claro: que «se borrasen las falsas ideas que daban al público»<sup>27</sup>.

En todo caso era cuestión de tiempo que Zaragoza contase con un nuevo Coliseo. Tras la consternación a causa del incendio, la toma de mando por parte de los detractores de los espectáculos, la petición solicitada por las instituciones que regentaban el extinto teatro, esto es la Junta del Hospital de Nuestra Señora de Gracia y el Ayuntamiento zaragozano, a Carlos III, y la respuesta de éste instando a que no se permitiera la reedificación del Coliseo, se tendrá que esperar hasta 1784 para que comiencen las conversaciones sobre el futuro nuevo espacio escénico en la ciudad. No obstante, la lucha entre los defensores y detractores del teatro se encontrará entre el 1791 y el 1794, si bien en el 1793 la nueva construcción fue solicitada por los concejales ciudadanos. Después de la desaparición del Coliseo, tendrá que pasarse Zaragoza unos cuantos años sin teatro, lo que no quiere decir que la afición por las representaciones no se encauzase por otras vías —en la Casa Zaporta o en la Lonja, por ejemplo—. Pero la ciudad requería un espacio acorde con su prestigio. Finalmente, se levantó un nuevo Coliseo en el terreno de los Graneros, propiedad del Ayuntamiento, que vendría a ser el actual Teatro Principal. Pero para su inauguración hubo que esperar hasta el 25 de agosto de 1799. Un triunfo de más de 20 años para las fuerzas reaccionarias patrias. No obstante, en un ambiente en el que los enemigos de los teatros tenían tanta fuerza y armas, era todo un logro que se alzase un nuevo Coliseo. Ejemplos palmarios de los reaccionarios son los citados Padre Garcés, Fray Diego de Cádiz y Padre Bruno de Zaragoza. Pero incluso entre gentes que se supone debían de tener una mentalidad más abierta, hemos comprobado cómo también el incendio del teatro zaragozano fue visto como castigo divino ante los vicios de las costumbres del momento. Tal sería el caso de Boggiero y de Iglesias de la Casa. Entre unos y otros creo que podemos hacernos una idea bastante aproximada de la España en la que vivió y creó Francisco de Goya. Factor que, sin duda, debe abundar

---

<sup>27</sup> SEBASTIÁN Y LATRE, T., *Relación histórica de los sucesos ocurridos en Zaragoza con motivo del incendio de su Coliseo...*, *op. cit.*, «Prefacio».

en la valoración mayor, si cabe, de sus audacias pictóricas, tanto formales como conceptuales, ya que las realizó en un tiempo en el que todo lo que sonase a nuevo o diferente, se procuraba, simplemente, aniquilar.

**Basilio Boggiero: «Al incendio del Coliseo de Zaragoza»**

Canto las llamas y el estrago canto  
del César-Augustano Coliseo.  
Investido me veo  
de pavoroso espanto  
y el alma desfallece,  
cuando la triste historia  
revuelvo en mi memoria  
de aquel monte de fuego que miraron  
mis ojos y a otra parte se tornaron  
por no ver el incendio que se alzaba  
y muerte y destrucción amenazaba  
las puntas de la luna.  
Ni con voz importuna  
se explicaron las fieras  
de los desastres grandes agoreras.  
Sin precedente aviso  
(así Dios Justiciero, así lo quiso)  
cayó sobre nosotros de repente  
el golpe de la mano omnipotente.  
Tú solo, de las aguas españolas  
gran príncipe y señor, gran río Ibero,  
de las marinas olas,  
remedando a deshora el rugir fiero,  
alguna gran desdicha amenazabas.  
Tú nos pronosticabas  
algún grave accidente,  
cuando de tu corriente,  
a la luz de la luna y las estrellas,  
se oyeron las querellas,  
y en el silencio de la noche, cuando  
los hombres descansando  
en los brazos del sueño están rendidos,





Atribuido a Francisco de Goya y Lucientes. *El Coliseo de Comedias de Zaragoza en llamas.*

te oyeron los pastores dar bramidos.  
 Al Occidente el sol venido había,  
 la noche las estrellas encendía,  
 la noche tenebrosa  
 que de espanto llenaba las ciudades,  
 de espanto las remotas soledades.  
 Estaba en el soberbio Coliseo  
 la gente congregada,  
 —¡oh tiempos!, ¡oh costumbres!—, y entregada  
 a aquellas deleznable diversiones  
 do se dan de pecar dulces lecciones.  
 Al cantar hechicero,  
 A la mudable y ágil apariencia  
 Del bailarín ligero,  
 Perdía Zaragoza su inocencia,  
 el alma y los sentidos;  
 los gustos prohibidos  
 y el néctar que las almas envenenan

bebía a boca llena.  
Volaba en el teatro el regocijo,  
deseos criminales  
ardían en los pechos virginales,  
cuando el decreto fijo  
y el plazo señalado  
habiendo ya llegado,  
la mano de la eterna Providencia  
a las voraces llamas dio licencia.  
Y no sé cómo dice que se vieron  
arder los transparentes bastidores,  
los pálidos actores,  
Que el peligro advertían,  
confusos y aturdidos,  
adentro do las llamas se encendían,  
de tristes alaridos  
que el alto Coliseo repetía,  
el aire iban llenando.  
Mas las llamas veloces,  
a sus lamentos sordos y a sus voces,  
aliento a más andar iban cobrando.  
Palabras mal formadas  
de lo hondo de la escena se esparcían,  
razones no acabadas,  
ecos que los presentes no entendían,  
femeniles clamores  
más claro cada vez se iban oyendo.  
Los tendidos telones  
las llamas encubrían  
a aquellos infelices  
que del ruido la causa preguntaban  
y el tiempo de salvarse malograban.  
Hasta que una por fin de las actrices,  
saliendo con mortal desasosiego,  
gritó desatinada: ¡Fuego! ¡Fuego!  
¡Fuego!, fuego repite la alta estancia,  
fuego el patio terrero,  
fuego repite el Coliseo entero.

Mas con marcial constancia,  
en medio del tumulto, Manso<sup>28</sup>, alzado  
con aquel continente  
con que en las triunfales regiones  
cerraba contra armados escuadrones,  
al pueblo alborotado,  
a la afligida gente,  
que no se altere ordena:  
un poco el Coliseo se serena.  
¡Dichosos una vez, dichosos ciento,  
los que aquel mandamiento  
atentos a la huida no escucharon!  
¡Dichoso en aquel trance fue el cobarde,  
porque los que esperaron,  
queriéndose salvar, llegaban tarde!

---

<sup>28</sup> Don Antonio Manso Maldonado era Teniente General, Gobernador y Capitán General de Aragón. Como otras autoridades, no quiso moverse de su puesto llamando a la calma, con los consiguientes problemas para abandonar el Coliseo cuando se percató de la magnitud de la tragedia. De hecho falleció a resultas del incendio el 15 de noviembre.